

A high-angle photograph of a person walking away on a cobblestone street. The person is wearing a wide-brimmed straw hat with a black band, a bright red poncho, a colorful striped shawl, and a dark skirt with a colorful patterned hem. The street is made of irregular grey stones.

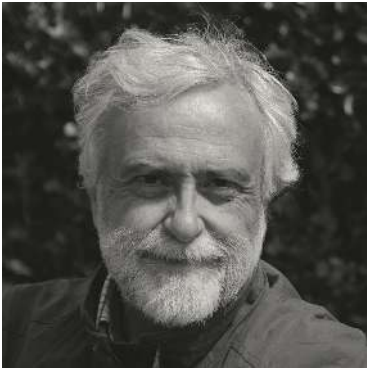
# *Chuquiago*

*Deriva de La Paz*

**MIGUEL SÁNCHEZ-OSTIZ**

LA LÍNEA DEL HORIZONTE  
*ediciones*

## SOBRE EL AUTOR



MIGUEL SÁNCHEZ-OSTIZ (Pamplona, 1950)

Novelista, articulista, crítico de arte y literatura, ensayista, dietarista, poeta, también ha hecho incursiones en la literatura de viajes. Su figura de referencia es Pío Baroja, de quien ha publicado varios trabajos biográficos y ensayos. Es la suya una obra ecléctica y singular en el panorama de nuestras letras, merecedora de algunos de los grandes galardones literarios, entre ellos el Premio Herralde por su novela *La gran ilusión* (Seix Barral, 1989), el Premio Nacional de la Crítica en 1998 por *No existe tal lugar* (Anagrama, 1997), el Príncipe de Viana de Cultura, 2001 y, un año más tarde, el premio Euskadi de Literatura por su ensayo *Sin tiempo que perder* (Alberdania, 2009).

Autor de una obra ingente afinada en varios registros bien provistos de humor, vitalidad y, sobre todo, un espíritu entregado a toda suerte de intereses, como se percibe en su blog *Vivir de buena gana*. Entre la veintena de novelas, algunas tan arriesgadas como *Las pirañas* (Seix Barral, 1992), o *El escarmiento y Perorata del insensato*, ambas en Pamiela; sin olvidar que la lista de sus diversos poemarios, ensayos y dietarios es realmente extensa.

Bolivia se ha convertido en una pasión tan particular que ya ha alumbrado varios títulos: *Cuaderno boliviano* (Alberdania, 2008), este *Chuquiago. Deriva*

*de la Paz* que ahora editamos en versión española y muy pronto *Cirobayesca boliviana* (Renacimiento).

## SOBRE EL LIBRO

Si hay una ciudad amada en las geografías vitales de Sánchez-Ostiz, sin duda es esta Chuquiago, el nombre aimara de la capital boliviana, a la que va y viene desde 2004, y por contar el tiempo sumergido en ella, ya alcanza un año y medio de su vida. La Paz, ciudad de barrocos excesos, de realidades inabarcables, de acumulativa humanidad que impregna sus calles como trazadas a cordel.

Recuerda el autor que Gómez de la Serna la hubiera bautizado como cataclismática, y de su termitero urbano han hablado los propios (Jaime Saenz y Victor Hugo Viscarra, sobre todo) y los ajenos (Allen Ginsberg, Christopher Isherwood, Paul Morand o Cees Noteboom). De Chuquiago en primera persona también escribieron los de aquí: Eugenio Noel, Ciro Bayo y Ernesto Giménez Caballero, pero ningún retrato foráneo tan arrebatado como el que nos brinda la maestría literaria y el espíritu admirativo y zumbón del autor de estas páginas. Así son sus derivas por los laberintos callejeros pacenses, así el retrato de sus personajes inolvidables impregnando un relato vibrante de pura literatura.

En Chuquiago la realidad es mera fantasía, nos recuerda Sánchez-Ostiz, «¿para qué inventarse mundos imaginarios si están en La Paz?».

*La Paz no es París ni sus atractivos los mismos, pero allí no son los nombres de*

*las calles, sino las calles mismas las que te  
atrapan: la gente, su pulule y su  
actividad de termitero, sus decires y  
lenguas, el aroma de sus guisos. Una calle  
te lleva a otra, un rostro a otro. La  
misma calle no es siempre la misma.  
Todas tienen sus horas. No hay ciudad  
mala para el vicio de callejear hasta  
darse por perdido, pero para ese deporte  
La Paz es única.*

MIGUEL SÁNCHEZ-OSTIZ



# Chuquiago

Deriva de La Paz

LA LÍNEA DEL HORIZONTE  
*ediciones*

Título original: *Chuquiago. Deriva de La Paz*  
Primera edición en LA LÍNEA DEL HORIZONTE Ediciones: marzo de  
2018

© de esta edición: LA LÍNEA DEL HORIZONTE Ediciones  
[www.lalineadelhorizonte.com](http://www.lalineadelhorizonte.com) | [info@lalineadelhorizonte.com](mailto:info@lalineadelhorizonte.com)

© del texto: Miguel Sánchez-Ostiz, 2018

© de la maquetación y el diseño gráfico:  
Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico  
© de la maquetación y versión digital: Valentín Pérez Venzalá

Foto de cubierta: Ling Wang Marina | Foto del autor: Dominique Lange

ISBN ePub: 978-84-17594-60-2 | IBIC: WTL; 1KLSL

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

**CHUQUIAGO**

DERIVA DE LA PAZ

-

**MIGUEL SÁNCHEZ-OSTIZ**

-

COLECCIÓN  
FUERA DE SÍ. CONTEMPORÁNEOS  
nº9

LA LÍNEA DEL HORIZONTE  
*ediciones*



# ÍNDICE

CHUQUIAGO MARKA

LA PLAZA DE SAN FRANCISCO O EL GRAN TEATRO DE LA PAZ

«¿CUÁNDO, CARAJO!? ¿AHORA, CARAJO!»

*AMERICAN VISA*

¿UNA DE BURUNDANGA?

Y VOLVER, VOLVER...

«¿QUÉ TE GUSTA DE LA PAZ?»

RICARDO GARCÍA CAMACHO

VISCARRA, UN (PESADO) MITO LITERARIO

EL AVERNO Y EL CALLEJÓN CARACOLES

EL CEMENTERIO DE LOS ELEFANTES

HOTEL DE LOS AGACHADOS

EL SOROCHE

LA PLAZA DE SAN FRANCISCO (VUELTA)

LA CÁRCEL MÁS LOCA DEL MUNDO

EL CAFÉ CIUDAD

PLAZA MURILLO Y ALEDAÑOS

EUGENIO NOEL EN EL HOTEL PARÍS

GIMÉNEZ CABALLERO EN LA PAZ

EL OLYMPIC

LA NOCHE PACEÑA

CEMENTERIO DE LA LLAMITA

«¿COMO LEÑA PUES!»

BOLIVIA, PARQUE TEMÁTICO

JUAN CONITZER EN SU TIERRA DE LAS MARAVILLAS

LAS COCANIS

DÍA DE LA EXALTACIÓN DE LA HOJA DE COCA

POR LA RUTA DE LAS RATAS

LOS NOVIOS DE LA MUERTE

CEMENTERIO GENERAL  
CEMENTERIO GENERAL, EXTERIOR, DÍA  
ZONA SUR  
WALTER BENJAMIN EN LA PAZ  
EL MERCADO RODRÍGUEZ  
IMÁGENES PACEÑAS  
JEAN-EDERN HALLIER EN EL HOTEL ESPAÑA  
LOS LUSTRABOTAS  
LA CALLE SEBASTIÁN SEGUROLA Y LOS CHOROS  
«¡HAY BLOQUEO!»  
JUDÍOS EN LA PAZ  
DESAPARECIDOS  
LOS JUNTACOSITAS  
DERIVA DE PAMPAHASI  
CARNAVALES PACEÑOS  
LA FERIA DE ALASITAS  
CALLE LOS ANDES  
EL TAPADO DE CECILIO GUZMÁN DE ROJAS  
JARDÍN DE LOS DESAPARECIDOS  
ALLEN GINSBERG EN LA PAZ  
FILICIDIO  
LA VUELTA DEL GITANO  
GLOSARIO  
NOTAS

Para Dominique  
y para Javier García-Larrache,  
en su recuerdo.

# CHUQUIAGO MARKA

Eran ciudades grandes, oscuras,  
los ruidos, los olores, los habitantes,  
en esas ciudades, eran una cosa extraña,  
y dejaban un recuerdo imborrable  
en la memoria del extranjero.  
El extranjero, a su paso por esas  
ciudades, solo vivía para mirar y  
escuchar, pues el único modo de  
posesionarse del olor siempre nuevo  
y desconocido que de ellas manaba,  
era mirar y escuchar.

JAIME SAENZ en *La piedra imán*

Mirar y escuchar, cierto, pero para hacerlo hay que patear las ciudades sin rumbo fijo, patiperreando, a la deriva, un paso detrás de otro. Es preciso dejarse tentar por patios, portales, comercios, callejones como boca de lobo; seguir el rastro del aroma de un plato al paso; ir hacia esos detalles que las luces cambiantes descubren y que de ordinario resultan invisibles; aceptar la invitación de un postillón de vagoneta de viajeros que abre su puerta a la voz de «¡Obrajes!» «¡Garita!»..., arriba pues, ya bajarás; también hay que quedarse quieto en una esquina, inmóvil, a la espera, o sentado a la mesa de un café e intentar desde ese observatorio el agotamiento de un rincón, de un lugar. Solo que eso, en La Paz, se revela una tarea literaria colosal, imposible, brava, nada parisina, así te sientes en el cafetín de la Alianza Francesa, arquitectura en absoluto indígena, sobria y audaz, de Juan Carlos Calderón, arquitecto, persona para mí inolvidable, o en los cafés de la plaza Abaroa, o en el Café Ciudad de la plaza del Estudiante. Dependiendo de dónde te sientes ves pasar ciudades distintas. La Paz, ciudad fragmentaria, rompecabezas, fresco inacabable.

La ciudad atrapada por la cola, como el picassiano deseo. Me voy, ya sé, no por las ramas, sino por las calles del laberinto ciudadano porque no sé por

dónde empezar, pero patear una ciudad es dejarse ir. Enseguida te darás cuenta de que cada peatón solitario de la ciudad es un diablo que juega truco con sus ensoñaciones.

¿Por qué La Paz y no otra ciudad? Tal vez, solo tal vez, conteste a esa pregunta con estas páginas. La Paz es una ciudad que engancha. Es dura, agobiante, incómoda, pero engancha. Nunca me he cansado de patear sus calles. No me importa confesar que tengo miedo a contar de esa ciudad por si el hacerlo equivale a despedirme de ella y a enterrarla; por eso sé que me voy a dejar cosas olvidadas a propósito por los rincones, como guijarros de Pulgarcito: el miedo a lo definitivo, a que la riada de la vida y su tumulto te lleve consigo al rincón de las almas perdidas, al de los conjuros que te dejan con las manos vacías y el alma acongojada.

Demos pues un sonoro golpe de platillos de arranque de esta diablada. Allá vamos, que empujen las tubas.

«Recuerdo imborrable», lo dice Jaime Saenz, poeta, sí, pero maldito, escritor de culto, más o menos legible, dependiendo más de sus lectores que de su obra, pero muy citado, por haberse convertido en un mito sombrío, tan celebrado como execrado, e indisolublemente unido a La Paz, su ciudad, como si no hubiera otra La Paz que la suya, ni otra mirada, cuando hay tantas como viajeros o como mirones; tan indisolublemente unido a La Paz, digo, como el pintor, activista político anarquista y escritor Arturo Borda lo estuvo con el Illimani, tal y como aparece al fondo de la calle Camacho o desde lo alto de la avenida Buenos Aires, a lo lejos, rosáceo o violeta al anochecer: «El Illimani era su tema», escribirá Saenz cuando evoque a Borda.

Cuando te pones a la tarea de escribir de lo vivido, de lo recordado, de lo que todavía te emociona y te alegra la vida, tienes que admitir que nada es como lo viste por primera vez, ni tampoco como lo recuerdas. Lo que tú pones en escena es una evocación de lo visto y, a tu modo, vivido. Y tal vez des, entonces, con la explicación de por qué te fascina tanto La Paz y no otras ciudades; de por qué tus viajes chilenos o bolivianos han acabado dando en sus calles vertiginosas, esas que te ponen el corazón en la boca, pese a reconocer

que cada vez que has creído tener a la ciudad en tus manos de papel, esta se te ha escapado.

Hay ciudades en las que entras a pie y solo así, y otras, que son las mismas, en las que para hacerlo te ayudas de lo que has leído sobre ellas, páginas que te dan pistas y te incitan a viajar a su encuentro y a patearlas; sin olvidar a sus lazaretillos, sin los que probablemente no hubieses logrado entrar allí donde entraste, porque no lo habrías siquiera visto, y que te ponen en bandeja su ciudad con la vaga esperanza de contagiarte su pasión o su encono, y no siempre confiando en que los hagas tuyos... Ah, y sus canciones también, que las tiene, guías de este patiperreo urbano, deriva, husma impertinente, no lo sé con certeza.

Chuquiago, Chuqui apu en lengua aimara, luego Chuquiago Marka y luego La Paz, capital político-legislativa de Bolivia, pero no constitucional, un lugar al que nunca se me había ocurrido ir y en el que no se me había perdido nada, o no más que en cualquier otro sitio, incluido el propio, si es que lo tengo, que no creo, ya no creo. Que no se te haya perdido nada en algún lugar es también un buen motivo para viajar y para poder preguntarte «¿Pero qué demonios hago yo aquí?». La hipotética búsqueda de tu lugar en el mundo es otro de los motivos, más lírico y más falso también. No queda mal en el papel, pero dudo que pase de ser una grandilocuencia de *travel writer* en campaña que dice viajar a los confines, viajar a secas, para encontrarse a sí mismo. En la realidad te puede pasar que lo hagas y que no te guste lo que encuentres, y que te des cuenta entonces de que el viaje no merecía la pena.

Convengamos, sí, en esa búsqueda, porque ese *Otro* con el que me he tropezado en La Paz es un tipo más dichoso, o así al menos lo recuerdo, que el que hace a regañadientes el bulto del regreso y más tarde, en la melancolía del recuerdo, advierte el tiempo pasar en su contra.

En todas las ciudades hay siempre una primera vez, una primera llegada y unas primeras imágenes que resultan inolvidables y marcan el ejercicio del recuerdo. Para mí esas imágenes fueron las de la ciudad de El Alto vista desde el aire, gracias a las evoluciones que hizo el avión para aterrizar. Fue en el mes de junio

del 2004. El Illimani vendría en otro viaje, pero las primeras imágenes fueron las de esa ciudad que ha ido creciendo alrededor del aeropuerto con la avalancha migratoria, y las de la Cordillera Real al fondo.

Yo no vi llamas pastando en las pistas del aeropuerto de El Alto, como vieron otros, en otro tiempo, o eso dijeron para darle colorido a la estampa: el escritor falangista y diplomático Agustín de Foxá, conde de Foxá, hacia 1950<sup>1</sup>, en viaje de propaganda franquista. No, las cosas no son tan exóticas, aunque así las pintemos cuando nos conviene, cuando hay que sacarle rendimiento al viaje poniendo en escena algún episodio extraordinario, que llame la atención del posible lector, contar algo que otros no hayan hecho ni visto, y más ahora, en tiempos de tenaz exhibición personal en la Red: «¡Eh, que estoy aquí... donde tú no estás!». Los manuales para viajeros en casa pertenecen a otra época. Para hablar de viajes, la banalidad, lo que todo el mundo puede ver, lo accesible, es mal negocio, pero buen tema literario, depende de la escritura. Y la mayoría de los viajes resultan banales, van por caminos trillados, aunque para quien los hace sean extraordinarios y de esa forma nos veamos protagonizándolos. Para eso viajamos también, para salir de nuestra rutina, para vivir algo que no esté en ella atrapado.

En aquella primera ocasión, llegaba de Chile, buscando no sé qué. Nada, pura necesidad de moverme, porque de Bolivia solo sabía que allí había muerto el Che Guevara, alguna vaga información del estaño de Patiño, el nombre de Paz Estenssoro en boca de algún *todolosabe* patrio de mi infancia y que fuera un refugio ocasional de maleantes europeos... Poco más. Ni siquiera la pichicata o la perica de los felices ochenta era boliviana, sino colombiana o de allí decían que venía. No había leído nada sobre Bolivia, *L'homme à cheval* de Drieu la Rochelle no cuenta para este viaje y la autobiografía de la Monja Alférez tampoco.

Escribí en mi diario de viaje que Bolivia subió al avión en Iquique, en el norte chileno, puerta de su desierto. Lo dije por los rasgos raciales de los corpulentos originarios que allí embarcaron, cubiertos con ponchos rojos y tocados con sombreros negros. Para entonces el viejo ferrocarril de Arica a La Paz había dejado de funcionar.

Desde el aire pude ver los brillantes tejados de calamina del caserío de El Alto, las iglesias bávaras que luego supe eran las del cura Obermaier, la tierra

pardo amarilla, los corralitos, las calles tiradas a cordel que parecen perderse en la nada, los cauces pedregosos de los ríos... y en vez de llamas, lo que vi fueron los desvencijados aviones «de la carne» en los que llegaba el suministro de esta para los mercados paceños desde el Beni. Sus fuselajes maltrechos, de color gris metálico, centelleaban al sol. Aviones muertos y torbellinos de aire que aparecían sorprendidos y recorrían las pistas y los pastos aledaños. He tenido muchas oportunidades de volver a ver esos torbellinos, alguna vez casi con el deseo de que uno de ellos me agarrara y llevara por los aires de Bolivia, como los diablos de Mujica Láinez, de un lado para otro, en un tiempo sin tiempo, el del verdadero viaje interior.

Al poco de salir del aeropuerto me topé de lleno con el escenario de la inmigración boliviana, la incontable gente que abandona el campo, de todas partes, de los pueblitos terrosos del altiplano, de los Yungas o del norte de Potosí, y acude al hormiguero urbano, el de la prosperidad de unos y la miseria de otros, el de la busca, el del hampa también, por la calle Carrasco y aledaños; calles temibles al caer la noche, dicen los que las frecuentan, aunque también lo sean de día.

Esas, pavimentadas a la diablo, son las calles de los mercados callejeros de llamas, los despojos sanguinolentos y los perros que acuden reñidores a por las piltrafas; las de los barrizales, los galpones de almacenaje de contrabandos diversos y los corrales donde venden gallos o perros para peleas; las de las antipáticas fachadas de ladrillo y los modernos diseños de arquitectura aimara, vidrios y metales refulgentes, colores violentos, soles y geometrías tiwanakotas que pueden resultarte delirantes, pero son muestras de una asombrosa pujanza económica; las del pulule y el mercadeo incesantes, las de los anuncios y más anuncios, peluquerías, informática, chicharrón, alojamientos, saunas, llantas, materiales de construcción, callapos, ferrallistas y metalistería, chispas de soldadura... y más en sábado, que es el día que llegué. Una actividad febril. Al mercado de La Ceja iría unos años más tarde en compañía de Ricardo García Camacho, poeta y mi amistoso lazarillo paceño, vaya esto por delante.

Aquel día de junio, la gente iba de un lado a otro cargando toda clase de cosas —colchones, cocinas, retretes, tuberías, corderos despiezados..., recuerdo ahora a voleo— y atropellándose, en un zigzaguo continuo, que más que evitarse parecía tener por objeto tropezarse, la molestia mutua, algo muy



común en La Paz. Colorido de aguayos cargados a reventar, chullos, sombreros, polleras de colores vivos y brillantes, andares bamboleantes, carretillas, bultos colosales a la espalda. Gritos y bocinazos de micretas cargadas hasta los topes, buses embarrados, pero decorados con llamativas fantasías de animales prehistóricos, águilas, gorilas, guerreros... Y a lo lejos, los nevados, el Illampu y el Huaina-Potosí, cegadores al sol, con un fondo teatral de nubes oscuras.

Y luego, de pronto, la hoyada. La ciudad apareció allí abajo, acumulativa, desordenada, entre nubes de tormenta y golpes de sol que hacían refulgir los vidrios y los metales de los rascacielos y, a lo lejos, las cumbres nevadas del Illimani. Decir que era hermoso, es poco. De cataclísmica la habría, sin duda, calificado Ramón Gómez de la Serna. Esa visión ni la olvidas, ni deja nunca de sorprenderte. La esperas, casi solo para decirte que has regresado.

Lo que vino a continuación, en cuanto salimos de la zona de mercado, fue una entrada de choque en la realidad boliviana. Cuando en aquella ocasión salí de Chile no sabía que La Paz estaba cerrada por bloqueos de campesinos, de fabriles y de maestros en reclamo de salarios y derechos varios. Aquel día en concreto hubo dudas de si podíamos bajar a La Paz por la autopista a causa de los bloqueos anunciados. Al final, el destartado vehículo al que subí echó a andar y enseguida aparecieron restos de barricadas de piedras, las garitas de control quemadas y reventadas, llantas de vehículos también quemadas, un edificio mostraba huellas de incendio... el monumento al Che Guevara en ferralla presidía aquel barullo que aparecía como dormido por comparación a la zona de mercado que habíamos dejado atrás, para recobrase un par de kilómetros más abajo, por la parte de la Cervecería, que un guía espontáneo me señaló con orgullo como «la primera industria nacional». El resto de los pasajeros callaba enfurruñado.

## **LA PLAZA DE SAN FRANCISCO O EL GRAN TEATRO DE LA PAZ**

En La Paz no caí directamente en la plaza de San Francisco, pero sí a dos pasos, en una calle de griterío inacallable, el del anuncio de los viajes de los minibuses, el vocerío más familiar de La Paz, antes de los teleféricos y los autobuses urbanos, el muy civilizado Pumakatari. Nada más dejar mi equipaje me eché a la calle y me metí asombrado en esa plaza que entonces era un abigarrado lugar de cruce, de busca y estadía contemplativa, de reunión de conocidos y desconocidos, de tratos comerciales y profesionales, de comercio bravo y al paso, de matuteo y trampa, de pulule sin rumbo aparente, de parloteo público y privado, escenario de espectáculos más o menos improvisados, de reivindicaciones políticas y sociales a menudo violentas, de idas y venidas, centro de un mundo, mestizo y abigarrado, más incluso que de una sociedad urbana, pero sobre todo escenario de un Gran Teatro urbano como no había visto en ningún lado. Ahora, más de diez años después, ese bullebulle está muy apaciguado, apagado incluso en su espontaneidad, gracias a la reurbanización de la plaza, pero en aquel momento resultaba asombroso, excitante.

La de San Francisco no era una «plaza» en sentido estricto, no desde luego en su concepción española virreinal, como cuadrada o rectangular Plaza de Armas, en la que confluye la cuadrícula de las calles recién trazadas a cordel, sino un espacio o una sucesión de espacios y planos muy irregulares que, en conjunto, tenían una vida de auténtico vientre de la ciudad. Entonces y ahora, casi todo lo que sucede en la ciudad pasa en algún momento por ese escenario en el que los vecinos bajados de la población termitera de El Alto o venidos de la zona Sur, de Miraflores o Pampahasi, con la presencia lejana del Illimani, comen, beben, comercian, consultan a sus abogados, interrogan a yatiris y reciris que allí offician con sus mesas y sartenes, guarecidos del sol y de la lluvia bajo sus paraguas, escuchan a sus visionarios, riñen, sellan paces, atienden a su familia y hacen sus necesidades, motivo por el que en el interior de la iglesia, detrás de una puerta, había un cartel que rezaba: «¡Ojo! No ensucie. ¡Sea educado!». Sea.

Un espacio que para mí está marcado por la presencia de algunos edificios emblemáticos: la Iglesia y convento de San Francisco, fundados en 1549, aunque muy reformados hasta bien entrado el siglo XIX, la moderna Casa de la Cultura, la central sindical desde cuyos balcones sus líderes arengan a la

multitud no siempre pacífica, la mole del nuevo mercado Lanza y una moderna pasarela peatonal aérea que los puristas de la ciudad consideraban un despropósito arquitectónico, pero lo cierto es que por algún lado hay que salvar el intenso tráfico de vehículos y personas que cruza en todo momento la plaza, no siempre atendiendo al semáforo manipulado por la policía de tráfico que, hace unos años, si el interruptor del cambio de luces estaba averiado, lo hacía juntando y separando los cables con ojo y paciencia casi infinita. El resto es desigual: casas modernas proyectadas a la carrera, otras tapadas por cartelones publicitarios o fachadas clásicas «republicanas» que esconden tanto muy hermosos patios coloniales como entrañas laberínticas.

En el atrio de la iglesia de San Francisco, en cuyas escaleras se sientan mendigos y desocupados bajo un sol que ciega y abrasa, pululan vendedores de fósiles, limpiabotas, mochileros, profesionales del trapicheo, presteríos devotos, bendiciones, challas diversas y hasta agrimensores que estudian los planos que les traen los campesinos.

«No pasar cuidado, que enseguida va a bajar el Tata Santiago y lo va a arreglar todo», le decía un abogado a un compungido grupo familiar al que le explicaba que había perdido no sé qué pleito de lindes de tierras, asunto que, me consta, y mucho, es de lo más difícil de explicar.

Ese espacio limita por un lado con el comienzo de la calle Sagárnaga, la de la artesanía y las empresas de aventura turística —en nuestra época, la Aventura es un espectáculo, una atracción de feria y un negocio a veces subvencionado, un poco de todo—, y por otro con una vía de tránsito intenso medio enterrada que une dos partes de La Paz, la zona de la cuadrícula virreinal, donde bulle la vida política oficial de la ciudad, y el laberinto comercial de las calles que fueron indígenas o así pensadas.

Esta vía dividía a su vez la plaza entre la zona de la iglesia y la zona escalonada que era de un disparatado Monumento a los Héroes, ya desaparecido, un urinario a cielo abierto, de noche y de día, y esta con una zona de mercado, el Lanza, que se extendía de manera tentacular, y de comedores populares que durante un tiempo sobrevivieron, abarrotados, pero en precario, en barracones improvisados porque su sitio de costumbre, como el de los vendedores de libros o los joyeros y plateros, fue durante unos años un

enorme agujero en cuyo fondo asomaban las bocas de la ciudad española y sus misterios —presentidos y no hallados—.

Un espacio muy irregular, por tanto, atravesado de arriba a abajo por una calle de tráfico tan intenso como ruidoso que une la población, ciudad ya, de El Alto, la ciudad más alta del mundo y la más pobre —eso sostienen—, un auténtico termitero humano hecho de furia y reivindicaciones, con la zona baja de la ciudad donde la modernidad o la otra Bolivia, la blanca, la acomodada, asoman rotundas, diferentes.

Se diría que esa plaza nunca duerme. Para las cinco de la mañana la atraviesan cientos de *trufis* y *microbuses* que circulan atestados con las puertas abiertas, a las que se asoman los voceros que, a gritos más o menos cantarines, anuncian los trayectos y el precio, al tiempo que los primeros puestos de bebidas frías y calientes, té, cafés, se instalan y se vuelven a encender los farolillos para servir platillos, sopas, jugos de frutas exprimidos ahí mismo, a la gente que va al trabajo o a los colegiales.

Y al lado de las decenas de puestos de comidas, atendidos por caseras cholas vestidas con mandilones blancos y cubiertas con gorritos de ganchillo, los limpiabotas, jóvenes y no tan jóvenes, con el rostro cubierto por pasamontañas que apenas les dejan una rendija para los ojos. Y junto a los limpiabotas y las cocineras, los puestos de cambistas de dólares, euros, pesos argentinos y chilenos, reales brasileños, y la gente que toma asiento en bancos improvisados —el Hotel de los Agachados del que se hablará— para dar cuenta de un plato de apetitosa comida antes de seguir su camino, y los vendedores callejeros de material escolar y electrónico, de perfumería y droguería, de barajas, de alcoholes caseros, de chorizos y caldos, asaduras y salteñas, de decenas de periódicos, más leídos al paso que comprados.

Y enseguida, en cuanto ascienda el día, harán aparición los vendedores de fósiles, los que os ofrecen cerámica precolombina o restos arqueológicos, y los vendedores de helados que trabajan, aunque la temperatura ronde los cero grados y el día naufrague en un cielo intensamente estrellado, que tientan a los fieles que entran o salen de la iglesia de san Francisco, en uno de cuyos altares se celebra el culto a un «Señor Santiago» que más que Matamoros, es el Tata o Illapa que protege de las tormentas y los rayos, en una muestra más de sincretismo entre la religión católica y la de la población originaria; y los

mendigos, los abogados que atienden a sus clientes, familias enteras o grupos de campesinos, los representantes políticos que ayudan o prometen logros a sus paisanos y electores, antes de dirigirse en comitiva a las oficinas centrales de gobierno, las floristas para vivos o para muertos, los vendedores agrupados en un sindicato de «Comidas y refrescos al paso»... Había también cabinas telefónicas andantes, esto es, cholas con un teléfono móvil atado con una cadena a la cintura para que no se lo arrancaran. Así lo vi, así aparece en ese glorioso desbarre que es *¿Quién mató a la llamita blanca?*, de Rodrigo Bellot, una película que de la carcajada me lleva a la congoja de la nostalgia y a las furiosas ganas de hacer el bulto y regresar.

Aquel espacio era, como decían con orgullo, un «Hyde Park, versión aimara»; pero era mucho más que eso porque en esa plaza, además de hablar, de perorar, de discutir o de arengar, se vivía, se comía y bebía, con o sin challas, se comerciaba, se expresaban ideas y aliviaban los humores.

«Esa plaza es a ratos el mejor exponente de lo que puede ser el *melting pot* boliviano», recuerdo que decía un escritor blanco, cuando la realidad es que la multiculturalidad boliviana, la convivencia de etnias y culturas es mucho más conflictiva de lo que conviene admitir, y ahí también aflora, a ratos de manera civilizada y ceremoniosa, y a ratos de manera bronca, esa realidad compleja de etnias que han convivido en el enfrentamiento y la exclusión.

Solo haciendo literatura mediocre, y sobre todo tramposa, se puede sostener que esa plaza es un espejo de convivencia, y nada más que eso, de las treinta y seis etnias bolivianas —los no avistados aparte—, contra la que algunos políticos que fueron de la izquierda combatiente arremeten: el caso de Filemón Escóbar, *Filipo*, que apoyó el cambio liderado por Morales hasta que se puso enfrente con poca fortuna, como muchos otros, dicho sea de paso. Esa del espejo de la convivencia es una moraleja que no va con la vida real que en esa plaza se muestra a diario. Basta alejarse en alguna de las direcciones marcadas para comprobarlo.

Si el indigenismo boliviano como rotundo protagonista de la vida pública es una realidad nueva, al menos en su aspecto político, también lo es la multiculturalidad efectiva y forzosa, y el profundo y no siempre cómodo mestizaje que de ella se deriva. La cuestión de la diferencia de razas y etnias está lejos de ser una realidad no conflictiva mientras que en un «nosotros» de